

Puntos de vista

REFORMA EDUCACIONAL

NUESTRA educación adolece, sin duda, de graves defectos que no es fácil corregir sin un previo estudio que investigue detenidamente las fallas más hondas de los sistemas en vigencia, hasta determinar en forma clara y precisa, cuáles son, y de qué carácter, las medidas que es necesario adoptar a fin de resolver un problema cuyas proyecciones nacionales son de fundamental importancia para el progreso material y cultural del país.

Las autoridades educacionales y los maestros que están desempeñándose en la labor cotidiana, han advertido en la práctica, que los métodos en uso desde tiempos que lindan casi con los albores de la República, han caducado en gran parte, porque no corresponden a las necesidades del hombre de hoy, ni a su sensibilidad, ni a las fórmulas de convivencia de una sociedad moderna. Lo cual equivale a decir que la educación secundaria, pues a ella nos estamos refiriendo, no se imparte en forma amplia como hace falta, para estimular el progreso material de Chile, sino canalizada hacia las profesiones liberales, que, en un momento dado pudieran saturar al país de un intelectualismo especializado que no tiene donde aplicar sus conocimientos.

Pero este aspecto del problema ya ha sido considerado, puesto que las Universidades que existen en el país han limitado las matrículas, calculando con exactitud, casi matemática, cuántos son

los profesionales que el país necesita en cada una de las profesiones que en ellas se enseñan. De este modo se ha evitado que haya semilleros de abogados, de médicos, ingenieros, etc. que después de largos y difíciles estudios no tendrían campo para sus actividades profesionales. En la educación universitaria este aspecto del problema no existe.

Pero no es, precisamente, el arte de enseñar el que está fallando en esta tierra, sino que el resultado de la enseñanza como fin práctico y utilitario. Como factor de progreso material, capaz de crear un capital humano que sepa manejar las herramientas necesarias para crear una riqueza industrial, ya sea de origen agrícola o manufacturera.

Lo que hace falta es preparar a los chilenos de mañana en forma que puedan aprovechar el máximo de sus aptitudes a fin de que sus posibilidades puedan encontrar un campo propicio donde desarrollarse, y de este modo ir transformando nuestras ciudades, que hoy arrastran una vida lánguida y anémica por la falta de actividades propias, sustentada por una riqueza regional; en pueblos felices, plétóricos de energía si cuenta con los elementos necesarios para conquistar y cimentar, por sí propios, un destino próspero, orientado hacia todo cuanto significa progreso y dignificación humana.

Mas, para que este bello anhelo llegue a ser una realidad, es preciso que el joven educando tenga frente a su porvenir todas las posibilidades abiertas. Que nada se atravesase en su camino. Que no se conozca la palabra fracaso. Es de primordial necesidad, para que esto pueda ser factible, que la mentalidad pedagógica se renueve; que un soplo de juventud aviente toda la carcoma y la rutina que hay aún en la enseñanza, como un pesado lastre que impide a los niños volar y elevarse de acuerdo con sus anhelos y sus aptitudes. Que se suprima de raíz, el hecho casi delictuoso, de que un muchacho pierda años de trabajo, de vida, mal aprovechada, porque a un señor profesor se le ocurrió no darle un medio punto necesario para una promoción, lanzando así a una joven existencia por el camino

de la desesperación y del escepticismo amargo. Porque no hay ninguna criatura normal que no sea capaz de trabajar y rendir frutos en bien de la colectividad si se tiene voluntad para detenerse a examinar cuáles son las actividades más accesibles a su inteligencia.

En la actualidad, al educando se le atiborra de conocimientos que en la mayoría de los casos no tendrá oportunidad de aprovechar en ninguna forma y que ni siquiera le servirá en el futuro como cultura general, pues no es fácil que el hombre desee hablar de cosas que nunca aprendió bien y que no le son agradables. En cambio estará feliz si encuentra con quien hablar de lo que le atrae y para lo cual su inteligencia está naturalmente dispuesta. Sentirá entonces agrado en trabajar en esas actividades, ahondar en ellas, perfeccionarlas, hasta identificarse con sus gustos o aficiones.

El país tiene la obligación de aprovechar todas las manifestaciones vitales de sus ciudadanos. Habrá cientos de alumnos, miles tal vez, por año, que no han podido seguir estudiando decepcionados por los inconvenientes y cortapisas que se les pone en el colegio para seguir adelante. El profesor llega a insensibilizarse en muchas ocasiones, cegado por su amor propio cuando ve que su ramo no le agrada a un alumno. Una sorda lucha se establece por ambos lados. El alumno trata de mantener su rebeldía y el profesor se empeña en doblegarlo, creándose de este modo una absurda beligerancia en la cual el hilo, por regla general, se corta por lo más delgado. Profesor y alumno, trabados en estéril lucha, no han sabido aprovechar una etapa de la existencia por falta de un verdadero entendimiento. El alumno defiende su inclinación, el profesor sus reglamentos. Metidos en un zapato chino, ninguno sale bien del paso. Es evidente, que el sistema actual es anticuado, y ello se manifiesta en muchas ocasiones cuando el alumno venciendo a sí mismo, destruyendo sus inclinaciones, llega a memorizar todos sus ramos hasta ser bachiller. Y cuando desea seguir una carrera, cuando está dispuesto a dar el último salto, se le opone una valla imposible de salvar: no hay vacantes en la carrera que desea seguir.

Esto constituye un pesado fardo de decepción, que mata en

germen las mejores iniciativas de la juventud y en consecuencia retrasa el progreso de nuestra nacionalidad. En consecuencia, es de todo punto de vista interesante, que una reforma educacional bien estudiada, abra un ancho horizonte para bien de la patria, a todas las posibilidades y aptitudes de la juventud.

Mas, para eso hay que contar con los elementos idóneos, en planteles creados con ese objeto y profesores con otra mentalidad, para comprender el alma y las inclinaciones de los niños de hoy, y probablemente de siempre. Que el muchacho que sienta disposiciones para ser granjero sea granjero y no dentista. Que el que desea ser ingeniero electricista, no sea veterinario, por uno de esos azares a que la vida obliga al joven cuando no puede ubicarse dentro del casillero que le corresponde.

Y, precisamente, hay que tomar en cuenta un punto de capital importancia en este aspecto, como sería el de elaborar programas diferenciados, para los liceos de niñas y de hombres, respectivamente, descongestionándolos de todas aquellas materias que impiden hacer más expedito y más realizable lo fundamental de la reforma. Todo esto mueve a pensar que innovaciones de tanta magnitud, no pueden ni deben ser materia de un simple decreto gubernativo, sino de una ley ampliamente estudiada.

No creemos que una reforma educacional se pueda hacer en extenso. Hay que ir poco a poco adquiriendo experiencias, aprendiendo lentamente, rectificando puntos de vista y apreciaciones. Es la única manera de ir seguro al éxito. Una reforma total de la enseñanza nos parece la más grande aventura que puede correr el país. Hay que tener presente que la mentalidad del profesorado no se puede transformar en un día. Y si no se cuenta con el profesor completamente identificado con la reforma en su esencia y en su significación, este nuevo intento de modernizar con un concepto democrático y práctico la enseñanza, irá derecho al fracaso.

Y es sensible, porque Chile necesita con urgencia vaciar en nuevos moldes sus métodos y fines educativos preparando a sus hijos para crear la pequeña industria y con ella la gran riqueza colectiva.